FECHA DE RECEPCIÓN:

13/01/2014

FECHA DE ACEPTACIÓN:

06/05/2014

ISSN: 1885-446 X

ISSNe: 2254-9099

PALABRAS CLAVE

Alejandro Larrubiera;
Cervantes; cine; realismo;
fantasía.

KEYWORDS

Alejandro Larrubiera;
Cervantes; cinema; realism;
phantasy.

JOSÉ MANUEL PEDROSA

e-mail: josem.pedrosa@uah.es;

jmpedrosa2000@yahoo.es

El cine, los niños y la sombra de Don Quijote (1916): “género policíaco”, fábulas milesias y fábulas apólogas

Cinema, children and Don Quixote’s shadow (1916): thrillers, milesian fables and apologues

JOSÉ MANUEL PEDROSA

Universidad de Alcalá

RESUMEN

El 28 de abril de 1916 publicó el muy poco conocido escritor madrileño Alejandro Larrubiera, en el diario *El Liberal*, un artículo sobre el cine y el público infantil. El cine estaba entonces ganando espacio social y cultural entre adultos y niños. Larrubiera se pregunta si el tipo de argumentos del cine de entonces, por lo general totalmente fabulosos, era apto para los niños. Aunque no mencione a Cervantes ni a otros autores del Siglo de Oro, sus reflexiones son continuación de una polémica literaria muy vieja. El artículo de Larrubiera es, en cualquier caso, muy importante para conocer la poética y la sociología del cine primitivo en España.

ABSTRACT

On April 28, 1916, the little known writer Alejandro Larrubiera (born in Madrid) published in *El Liberal* newspaper an article about cinema and children’s audience. Cinema was then gaining social and cultural popularity. Larrubiera wondered if the kind of plots employed in cinema, usually fabulous, was suitable for children. Although he did not mention Cervantes and other Golden Age writers, his reflections are the continuation of a longstanding literary controversy. Larrubiera’s article is key to get to know the poetics and sociology of early cinema in Spain.

Alejandro Larrubiera (1870-1937) fue uno de aquellos escritores que gozaron de cierta pasajera popularidad en el Madrid (la ciudad donde nació y murió) gris y bohemio de las décadas finales del XIX y comienzos del XX, sobreviviendo a base de colaboraciones en la prensa y de lo no mucho que le pagaban por sus libretos de sainetes y zarzuelas y por sus prosas (novelas y cuentos) de tono sentimental y folletinesco. Colaboró durante largos años, entre 1891 y 1914, con *La Ilustración española y Americana*, y vivió modestamente en la calle de Manuela Malasaña. Frecuentaba los cafés, salones y eventos literarios y artísticos, y asomó como personaje lánguido y desamparado en la *Novela de un literato* de Cansinos-Asséns y en los *Raros y olvidados* de Federico Sáyinz de Robles. Su figura y su obra dormirían hoy en un olvido casi absoluto si no fuera porque la benemérita editorial internáutica Ganso y Pulpo, que dirige Pablo Barrio Aller, está empeñada en recuperar y poner al alcance de todo el mundo, sin ningún ánimo de lucro, su biografía y sus obras, y las de otros coetáneos suyos igual de ignorados pero realmente interesantes.

El viernes 28 de abril de 1916 publicó Larrubiera, en la primera página del diario *El Liberal* —que hoy puede consultarse en la fabulosa Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de Madrid, hemerotecadigital.bne.es—, un artículo titulado “Los niños en el cine” que es una de las primeras reflexiones sustanciosas que la crítica literaria española dedicó al por entonces novedoso y cada día más pujante arte cinematográfico.

La reflexión de Larrubiera combinaba las preocupaciones cívica, sociológica y literaria, en sintonía con la vieja costumbre de intelectuales y moralistas de muchas épocas y lugares —en España fue empeño favorito de Cadalso y Jovellanos, entre muchos otros— de proponer modos de diversión guiados por criterios de ilustración, utilidad y racionalidad. Ideal difícilmente alcanzable, y que si se cumpliese resultaría enormemente aburrido, desde luego. Con ese voluntarioso objetivo hizo Larrubiera un análisis muy personal y agudo de la influencia que puede tener el cine sobre los niños, abogando por limitar su acceso a días y sesiones con contenidos específicos para ellos. Lo más llamativo es que tal propuesta no estaba guiada por ninguna moral estrecha ni puritana, puesto que él era un demócrata liberal, partidario, por ejemplo, del sufragio femenino, lo que en su época le situaría en lo que hoy llamaríamos centro-izquierda. Su propuesta sumaba, a las consideraciones cívico-pedagógicas consabidas —que persisten en el trasfondo de la discusión, nunca apagada, sobre los espectáculos que deben ver o no ver los niños—, unas cuantas ideas literarias y metaliterarias de cierto calado, que glosaremos tan pronto reproduzcamos su artículo.

Adelantemos antes de hacerlo, y muy en síntesis, que Larrubiera lamentaba en él que las películas violentas y exageradamente fabulosas que veían los niños en el cine tuvieran un impacto distorsionador sobre sus espíritus. Puesto que los niños tienen “una gran propensión a imitarlo todo”, era lógico —aunque lamentable— que muchos se vieran empujados a disfrazarse de Fantasmas o de “Nick-Karter”, o a creerse encarnación de cualquier otro personaje

fabuloso de los que veían en la pantalla. Ello no solo tenía efectos indeseables sobre las criaturas, sino también sobre las familias y las personas del entorno, para quienes sus trastadas imitatorias solían traer graves incordios. Aunque la culpa no era en realidad del niño, sino del "género policíaco puesto hoy en boga", que se había convertido en muy poco tiempo en primer entretenimiento nacional (junto con los toros), y cuyas "inverosimilitudes, disparates, tonterías y ridiculeces" habían acabado por desterrar las "películas en consonancia con la delicada y especialísima índole de los concurrentes".

Reproches todos que recuerdan, obviamente, los que lanzó Cervantes contra los libros de caballerías, condenados por él a comienzos del siglo XVII con argumentos análogos a los que en los inicios del XX blandió Larrubiera: primero por mentirosos y exagerados, después por provocar desdoblamientos y furores miméticos irreprimibles en algunos de sus receptores, y finalmente por competir y anular otras distracciones más cívicas y edificantes. Entraremos en más detalles después de leer su artículo:

Crónica. Los niños en el cine.

Mujeres degolladas, enmascarados que blanden un puñal, tinto en sangre, o empuñan un revólver, y hacen su aparición trágica en salones aristocráticos o en chirliatas lujosas; ciudadanos ahorcados de los árboles; niños robados a sus familias; forajidos que asaltan trenes en marcha, detienen a tiros los automóviles o arrojan bombas explosivas; caballeros por el traje que violentan cajas de caudales; prójimos que se cuelan bonitamente en las casas por el tejado o el balcón, estrangulan damas, maniatan ancianos, prenden fuego a los edificios, forcejean con un malaventurado al borde de una sima, o le tiran al mar o le arrojan por la ventanilla de un expreso; en una palabra, las escenas más terroríficas, los cuadros más estupendos de maldad; rostros lívidos, desencajados; ojos que agranda el espanto; bocas contraídas por una mueca de supremo dolor; cabellos que se erizan; cuerpos rígidos, ensangrentados; manos rojas que surgen misteriosamente; "detectives", fantasmas, gente rufanesca del gran mundo, "apaches"... todo esto y algo más que no digo, pues ya resulta enojosa la enumeración, hallarás si ambulas por las calles madrileñas, representado muy a lo vivo en unos cartelones a todo color, predominando el rojo y el negro.

Estos carteles, fijados en las esquinas, en las vallas, o paseados por calles y plazas, son otros tantos anuncios de "films", cintas, películas, o como quieran llamarse las representaciones cinematográficas, espectáculo que en estas azorantes calendas priva y se enseñorea de toda otra diversión pública, salvo la taurómaca, claro es, que somos españoles, lector amigo.

Y a excitar el interés y, por tanto, la curiosidad, se encaminan estos carteles que reproducen la escena culminante de la película, bautizada con un título llamativo o inquietador, trágico o misterioso. Y el buen público, que ha sido sorprendido en la calle por el despeluznante "reclamo", no se le cuece el pan hasta que averiguan en qué "para" la tragedia... y acude al "cine".

Pero ¡bien está que el empresario defienda su negocio y discurra el medio de atraer al público!; pasemos por alto lo de los cartelitos y el efecto desastroso que pueden

producir en espíritus pazguatos e impresionables en demasía; no nos metamos en disquisiciones relacionadas con la ética y la higiene en el “cine” —tema magnífico que brindo a los sociólogos—; y, por último, libreme Dios de tronar contra las inverosimilitudes, disparates, tonterías y ridiculeces, que el espectador menos avisado puede hallar en muchas “proyecciones”.

Lo que al cronista le deprime el ánimo, conturbándole y entristeciéndole, es observar que a estos espectáculos, a los que solo deben concurrir personas mayores, se lleve a los niños. Y que, para mejor atraerlos, en algunos “cines” establezcan “días infantiles”.

Ya ha llovido desde que el insigne autor de *El Telémaco* y admirable preceptista aconsejaba que se evitasen a los niños los espectáculos públicos y cualesquiera otras diversiones apasionadas, “que no sirven más que para encenderles el gusto de cosas perjudiciales, y que, fuera de esto, no pueden menos de hacer insípidos otros placeres inocentes”.

En absoluto conformes con la afirmación, aunque no creemos que ha de extremarse la rigurosa medida aconsejada por el sabio obispo de Cambrai, pues existen en la actualidad varios espectáculos públicos que proporcionan a la infancia un sano deleite: los mismos cinematógrafos podrían servir de esparcimiento, y en cierto modo de enseñanza y estímulo moral, siempre y cuando que en los “días infantiles” —únicos en que se permitiera entrar a los niños— se proyectaran películas en consonancia con la delicada y especialísima índole de los concurrentes.

Y para esto bastaría tener en cuenta las siguientes indicaciones que reproducen los tratados da pedagogía: “El niño es el hombre, con todo su porvenir encerrado en los primeros años de su vida; es la esperanza de la familia y de la sociedad”. “El niño no juzga, no compara, no deduce, casi no razona; para él no hay más qué ideas simples y se deja arrastrar por lo que le impresiona”. “La edad de la infancia es la de la curiosidad. El niño tiene una gran propensión a imitarlo todo”.

En “días infantiles” el cronista ha visitado los cinematógrafos, y los ha encontrado llenos de chicos y chicas de todas las clases sociales, y en tan ingenua, alegre y ruidosa compañía, ha visto reflejadas sobre la pantalla las películas más truculentas, absurdas y deplorabilísimas de robos, estafas, asesinatos, secuestros, caza de criminales, astucias de “detectives”, toda la gama, en fin, del género policíaco puesto hoy en boga.

Atento, fija la mirada en los semblantes, rosas en capullo de hombres y de mujeres, el cronista ha recogido, no sin espanto del alma y pasmo de los ojos, las impresiones que experimentaban los chicuelos: imponente era la greguería que armaban al aparecer los “detectives”; reían como locos si eran burlados, y aplaudían y vitoreaban, con sincero entusiasmo, si el delincuente burlaba al perseguidor.

Después, el cronista ha observado que la perniciosa influencia de semejantes espectáculos repercute en la calle y en los hogares; en la calle ya no juegan los mozalbetes como en otros tiempos, ¡ay!, los no muy remotos en que también era un mocito el cronista, a “justicias ni a ladrones”, sino a estotros juegos malsanos y exóticos de “detectives” y gendarmes, de ladrones de frac —que son los que mayor interés despiertan— y de personajes fantásticos. Y tal cual mocoso “hace” de “Fantomas”, y cual otro de “Nick-Karter”, y viste al “personaje” como su fantasía le aconseja y sus medios se lo permiten.

Y estos se esconden, y aquellos otros los buscan, y salen a relucir puñales de hojadelata y pistolas de juguete, y caen muertos al ¡pum! que finge el disparo del que los persigue. Y los honrados vecinos, señaladamente tenderos y porteras, son víctimas, a ratos, de alguna pesada jugarreta de los nenes, imitada de las del "cine".

En los hogares, los rapaces que sobresalen por lo despierto de su inteligencia o por su voluntariedad, hondamente impresionados con lo visto en el "cine", "ponen en acción" la película, y también se disfrazan, y vagan sigilosos y de puntillas por las habitaciones, para "sorprender" a los de la familia; entran en el cuarto de papá o de mamá por los montantes de las puertas; espían como gatos en acecho a que cualquiera de los individuos de la casa esté descuidado para birlarle los cuartos del bolsillo; afanosa y astutamente se dedican a registrar mesas y armarios, y cuanto más "sienten el personaje", más soliviantan a los criados y a cuantos les rodean, entristeciendo y acongojando a toda la familia.

¿Comprendéis ahora por qué el cronista contempló, no sin espanto del alma y pasmado de los ojos, las impresiones que los niños experimentaban en el «cine»?

¿No creéis que pueda ser funesto presagio para la sociedad que los que hoy son su esperanza, se apasionen de tal modo por lo que ven en los cinematógrafos, que lleguen a deleitarse parodiándolo?

¿No suponéis que pueda ser esto como planta cizañosa que, insensible y alevosamente, llegue a impedir que se muestren en su hermosa lozanía los nobles sentimientos que germinan en toda alma infantil?

Las entrelíneas del artículo de Larrubiera delatan la inquietud del crítico literario por el hecho de que el cine, con el nunca visto arsenal de recursos ficcionales que acababa de introducir en el lenguaje artístico y en el paisaje sociocultural de la época, estaba empezando a suponer un reto mayúsculo y una competencia peligrosa para los escritores de letra impresa de toda la vida como él. De hecho, los muy pocos años que habían transcurrido desde su invención habían bastado para que se notara ya cómo aquel "género policíaco puesto hoy en boga" en las salas cinematográficas "se enseñoorea de toda otra diversión pública, salvo la taurómaca". Una rapidísima y arrasadora revolución, sin duda.

La competencia que le hacía el advenedizo cine de masas a las demás artes, sobre todo a la literatura, era, para Larrubiera, profundamente desleal, por su fácil y visual sensacionalismo (con "forajidos que asaltan trenes en marcha, detienen a tiros los automóviles o arrojan bombas explosivas...") y porque utilizaba el vistoso reclamo de "cartelones a todo color, predominando el rojo y el negro [...] fijados en las esquinas, en las vallas, o paseados por calles y plazas", "que reproducen la escena culminante de la película, bautizada con un título llamativo o inquietador, trágico o misterioso". Aunque no dejaba de admitir el crítico, tras censurar toda aquella parafernalia superficial y barata, que era lógico que "el empresario defienda su negocio y discurra el medio de atraer al público".

Lo cierto es que la crítica que firmó Larrubiera del cine como género cuya enorme rentabilidad comercial corría pareja a su escasa y facilona altura artística tenía bastantes puntos en común con la que había hecho Cervantes contra los libros de caballerías, uno de los géneros de mayor éxito editorial de su tiempo, y también de los de calidad más puesta en entredicho y denostada. Tales reproches se siguen haciendo hoy, de hecho, a las novelas de amor o de aventuras folletinescas, o a los *best-sellers* de moda, como si la popularidad súbita y masiva de algún repertorio literario o artístico obligase al peaje de ese tipo de dardos despectivos.

El registro desmesuradamente ficcional, exagerado, mentiroso, y los riesgos de la *imitatio* enfermiza en que pueden incurrir personas de edad avanzada y juicio gastado (como don Quijote) o, en el extremo opuesto, de edad infantil y juicio todavía no formado (como los pequeños asistentes a las sesiones de cine), eran excesos que Cervantes y Larrubiera veían tanto más peligrosos cuanto que solían operar aliados. “Mentiroso”, “disparatado”, “arrogante”, llamó el cura a uno de los libros de caballerías quemado en el episodio del escrutinio de los libros del *Quijote* I:VI por ser culpable de la manía del hidalgo de creerse y comportarse como sus idolatrados héroes de ficción. “Inverosimilitudes, disparates, tonterías y ridiculeces”, fábulas “truculentas, absurdas y deplorabilísimas”, denunciaba Larrubiera en un cine que llevaba a que mucho niños cayesen en la tentación de la *imitatio* y se vistiesen y se comportasen como sus modelos de la pantalla.

Las analogías son evidentes, a pesar de que el escritor madrileño de comienzos del XX no cite en su artículo la novela de comienzos del XVII —que conocería más que de sobra, claro—, y a que don Quijote cruce por él como una sombra intuida pero no explicitada.

Igual que lo fue la de Cervantes, la censura de Larrubiera tenía un ingrediente metaliterario absolutamente fundamental. Antes de que el crítico madrileño mencionase siquiera al público infantil que consideraba especialmente expuesto a la influencia de aquel nuevo arte, se extiende, en su largo preámbulo, en censurar lo violento de sus imágenes (“mujeres degolladas, enmascarados que blanden un puñal, tinto en sangre...”), y las exageraciones y dislates de sus escenas, con sus “manos rojas que surgen misteriosamente; detectives, fantasmas, gente rufanesca del gran mundo, apaches”, tan caóticamente mezclados en las pantallas de cine como los seres improbables que se acumulaban en los libros que trastornaron el seso de don Quijote. Gigantes, sabias, endriagos, al lado del “mozo de diez y seis años [que] da una cuchillada a un gigante como una torre y le divide en dos mitades” o de la “gran torre llena de caballeros [que] va por la mar adelante”, de los que se burlará Cervantes en un parlamento que reproduciré íntegro más adelante.

En tantos tonos e impostaciones repetirá Larrubiera su censura contra la inventiva sin tasa y sin escrúpulos del cine, que acaba hasta acogiéndose a la fórmula retórica e irónica del “libreme Dios de tronar contra las inverosimilitudes, disparates, tonterías y ridiculeces, que el espectador menos

avisado puede hallar en muchas proyecciones". En ese punto crítico entraba más en juego el peligro de la imitación, "el efecto desastroso que [las películas] pueden producir en espíritus pazguatos e impresionables en demasía". Porque "el niño tiene una gran propensión a imitarlo todo" y se pone en gran peligro, por tanto, cuando ve "reflejadas sobre la pantalla las películas más truculentas, absurdas y deplorabilísimas de robos, estafas, asesinatos, secuestros, caza de criminales, astucias de detectives, toda la gama, en fin, del género policíaco puesto hoy en boga". El propio Larrubiera había sido testigo presencial, acudiendo *ex profeso* a las sesiones infantiles, de "las impresiones que experimentaban los chicuelos: imponente era la greguería que armaban al aparecer los detectives; reían como locos si eran burlados, y aplaudían y vitoreaban, con sincero entusiasmo, si el delincuente burlaba al perseguidor". ¿Cómo no recordar, al hilo de tales espontáneos arranques, el episodio del retablo de Maese Pedro (capítulo II: XXVI) en que don Quijote se emocionaba, se enervaba, intervenía de modo exaltado ante la ilusión que veía representar en escena?

Pero cuando el problema de la *imitatio* incontenible cobraba visos más graves era cuando traspasaba el recinto del cine y acababa afectando a la estructura de la personalidad del niño y a sus relaciones familiares y sociales, igual que había sucedido con el desdichado don Quijote. Para Larrubiera, la influencia maléfica del cine era la causa de que "los mozalbetes" abandonaran sus juegos más tradicionales por

Estos otros juegos malsanos y exóticos de detectives y gendarmes, de ladrones de frac —que son los que mayor interés despiertan— y de personajes fantásticos. Y tal cual mocoso hace de Fantomas, y cual otro de Nick-Karter, y viste al personaje como su fantasía le aconseja y sus medios se lo permiten. Y estos se esconden, y aquellos otros los buscan, y salen a relucir puñales de hojadelata y pistolas de juguete, y caen muertos al ¡pum! que finge el disparo del que los persigue. Y los honrados vecinos, señaladamente tenderos y porteras, son víctimas, a ratos, de alguna pesada jugarreta de los nenes, imitada de las del cine [...] En los hogares, los rapaces que sobresalen por lo despierto de su inteligencia o por su voluntariedad, hondamente impresionados con lo visto en el "cine", "ponen en acción" la película, y también se disfrazan, y vagan sigilosos y de puntillas por las habitaciones, para "sorprender" a los de la familia; entran en el cuarto de papá o de mamá por los montantes de las puertas; espían como gatos en acecho a que cualquiera de los individuos de la casa esté descuidado para birlarle los cuartos del bolsillo; afanosa y astutamente se dedican a registrar mesas y armarios, y cuanto más "sienten el personaje", más soliviantan a los criados y a cuantos les rodean, entristeciendo y acongojando a toda la familia.

Cuando el viejo Alonso Quijano se disfrazó y comenzó a comportarse, envenenado por sus modelos caballerescos, como el temerario Don Quijote de la Mancha, y cuando se puso a causar incordios terribles entre sus familiares, amigos y deudos, ¿no estaba haciendo algo parecido a lo que hacían los niños cuya defensa pretendía asumir Larrubiera, intoxicados por las ilusiones del

cine, disfrazados de Fantomas o de Nick-Karter, perturbadores de su entorno familiar y social?

Conviene hacer aquí un breve inciso para llamar la atención sobre el lamento que Larrubiera dedica al abandono de los juegos de toda la vida (“ya no juegan los mozalbetes como en otros tiempos, ¡ay!, los no muy remotos en que también era un mocito el cronista...”) por los foráneos (“estotros juegos malsanos y exóticos”), fenómeno que el crítico madrileño consideraba muy negativo para la identidad del niño y de todo el cuerpo social. De acuerdo con un tópico, el del abandono de las venerables costumbres nacionales y la adopción de las disolventes modas extranjeras, que se halla acuñado desde hace milenios. Recuérdese lo que defendía Cicerón en *Sobre la república* (Libro II: pp. 4-9) en el siglo I a. C.:

Por lo demás, las ciudades marítimas padecen cierta corrupción e inestabilidad de costumbres; quedan perturbadas por nuevas maneras de hablar y de pensar, e importan no sólo mercancías exóticas, sino también costumbres exóticas, de modo que nada puede permanecer incólume de la educación tradicional. Es más: los habitantes de tales ciudades, no echan raíces en sus hogares, sino que la esperanza imaginativa les lleva a volar lejos de casa, y hasta cuando permanecen corporalmente, se escapan y vagan con su mente.

Nada corrompió más a la por largo tiempo decadente Cartago, y a Corinto, en otra época, que ese andar errante y esta disipación de sus ciudadanos, que descuidaron el trabajo del campo y el ejercicio de las armas por el ansia de comerciar y navegar. El mar suministra a las ciudades muchos alicientes perniciosos del lujo, que se roban o se importan, y la misma amenidad natural del lugar tiene muchos atractivos de concupiscencia lujosa y desidiosa [...]

¿Qué diré de las islas de Grecia? Rodeadas por las aguas nadan ellas mismas como las instituciones y costumbres de sus ciudades [...]

Y es clara esta causa de los males y alteraciones de Grecia, a consecuencia de los vicios de las ciudades marítimas de los que acabo de tratar brevemente; con todo, a estos vicios es inherente la gran ventaja de que cualquier cosa que se produzca donde sea puede llegar por mar a donde vives, y, a su vez, que lo que producen sus campos pueda exportarse a las tierras que sea.

Hay, en fin, un elemento más en el artículo de Larrubiera que vuelve a entroncar ideológicamente con el mundo de Cervantes: su propuesta de ajustar los contenidos del cine a parámetros discursivos y cívicos diseñados de manera específica para el público infantil. Se apoya extrañamente —porque tenía un amplio elenco de autores españoles mucho más conocidos entre los que elegir—, sobre una autoridad ignota, la del arzobispo, moralista y escritor francés François Fénelon, autor de *Les aventures de Télémaque* (1699), y “admirable preceptista [que] aconsejaba que se evitasen a los niños los espectáculos públicos y cualesquiera otras diversiones apasionadas”. La propuesta de Larrubiera quedaba articulada, recordémoslo, de este modo:

Existen en la actualidad varios espectáculos públicos que proporcionan a la infancia un sano deleite: los mismos cinematógrafos podrían servir de esparcimiento, y en cierto modo de enseñanza y estímulo moral, siempre y cuando que en los "días infantiles" —únicos en que se permitiera entrar a los niños— se proyectaran películas en consonancia con la delicada y especialísima índole de los concurrentes.

Y para esto bastaría tener en cuenta las siguientes indicaciones que reproducen los tratados de pedagogía: "El niño es el hombre, con todo su porvenir encerrado en los primeros años de su vida; es la esperanza de la familia y de la sociedad". "El niño no juzga, no compara, no deduce, casi no razona; para él no hay más que ideas simples y se deja arrastrar por lo que le impresiona". "La edad de la infancia es la de la curiosidad. El niño tiene una gran propensión a imitarlo todo".

Lo que con palabras menos floridas que las de Cervantes estaba pidiendo Larrubiera era que a los niños se les diese como alimento cinematográfico edificantes y pedagógicas fábulas apólogas, y no engañosas y disparatadas fábulas milesias¹ como aquellas contra las que imprecó el *Quijote I*: XLVII, pp. 547-549:

Verdaderamente, señor cura, yo hallo por mi cuenta que son perjudiciales en la república estos que llaman libros de caballerías; y aunque he leído, llevado de un ocioso y falso gusto, casi el principio de todos los más que hay impresos, jamás me he podido acomodar a leer ninguno del principio al cabo, porque me parece que, cual más, cual menos, todos ellos son una misma cosa, y no tiene más este que aquel, ni estotro que el otro. Y según a mí me parece, este género de escritura y composición cae debajo de aquel de las fábulas que llaman milesias, que son cuentos disparatados, que atienden solamente a deleitar, y no a enseñar, al contrario de lo que hacen las fábulas apólogas, que deleitan y enseñan juntamente. Y puesto que el principal intento de semejantes libros sea el deleitar, no sé yo cómo pueden conseguirle, yendo llenos de tantos y tan desafortunados disparates: que el deleite que en el alma se concibe ha de ser de la hermosura y concordancia que ve o contempla en las cosas que la vista o la imaginación le ponen delante, y toda cosa que tiene en sí fealdad y descompostura no nos puede causar contento alguno. Pues ¿qué hermosura puede haber, o qué proporción de partes con el todo y del todo con las partes, en un libro o fábula donde un mozo de diez y seis años da una cuchillada a un gigante como una torre y le divide en dos mitades, como si fuera de alfeñique, y que cuando nos quieren pintar una batalla, después de haber dicho que hay de la parte de los enemigos un millón de competientes, como sea contra ellos el señor del libro, forzosamente, mal que nos pese, habemos de entender que el tal caballero alcanzó la vitoria por solo el valor de su fuerte brazo? Pues ¿qué diremos de la facilidad con que una reina o emperatriz heredera se conduce en los brazos de un andante y no conocido caballero? ¿Qué ingenio, si no es del todo bárbaro e inculto, podrá contentarse leyendo que una gran torre llena de caballeros va por la mar adelante, como nave con próspero viento, y hoy anochece en Lombardía y mañana amanezca en tierras del Preste Juan de las Indias, o en otras que ni las describió Tolomeo ni las vio Marco Polo? Y si a esto se me respondiese que los que tales libros componen los escriben como cosas de mentira y que, así, no están obligados a mirar en delicadezas ni verdades, responderles hía yo que tanto

1 Sobre la confrontación entre fábulas milesias y fábulas apólogas, es decir, entre diversión y didactismo, o entre lenguaje inverosímil o maravilloso y verosímil o realista, véanse los casos y citas que aporta Pedrosa (2004) en "Una época nueva y unas ficciones nuevas: el triunfo de lo verosímil sobre lo maravilloso", cap. 1.5.

la mentira es mejor cuanto más parece verdadera y tanto más agrada cuanto tiene más de lo dudoso y posible. Hanse de casar las fábulas mentirosas con el entendimiento de los que las leyeren, escribiéndose de suerte que facilitando los imposibles, allanando las grandezas, suspendiendo los ánimos, admiren, suspendan, alborocen y entretengan, de modo que anden a un mismo paso la admiración y la alegría juntas; y todas estas cosas no podrá hacer el que huyere de la verisimilitud y de la imitación, en quien consiste la perfección de lo que se escribe. No he visto ningún libro de caballerías que haga un cuerpo de fábula entero con todos sus miembros, de manera que el medio corresponda al principio, y el fin al principio y al medio, sino que los componen con tantos miembros, que más parece que llevan intención a formar una quimera o un monstruo que a hacer una figura proporcionada. Fuera desto, son en el estilo duros; en las hazañas, increíbles; en los amores, lascivos; en las cortesías, malmirados; largos en las batallas, necios en las razones, disparatados en los viajes, y, finalmente, ajenos de todo discreto artificio y por esto dignos de ser desterrados de la república cristiana, como a gente inútil.

Crítica literaria y crítica social iban tan de la mano en esta censura de los libros de caballerías que hizo el grandioso Cervantes como mucho tiempo después se solaparían en la invectiva contra el cine que firmaría el olvidado Larrubiera. Ello nos revela que, por un lado, a los seres humanos no les abandonan, por más siglos que transcurran, inquietudes y miedos, respuestas y propuestas parecidos. Pero también que la alargadísima sombra de don Quijote es capaz de alcanzar, aquí como en tantos otros textos y ocasiones, hasta donde no es ni siquiera mencionado por sus famosos nombre y título.

Referencias

- Cervantes, M. de (1998). *Don Quijote de la Mancha*, ed. del Instituto Cervantes, dirigida por F. Rico. Barcelona: Crítica.
- Cicerón (reed. 2000). *Sobre la república*, ed. Álvaro d'Ors. Madrid: Gredos.
- Larrubiera A. (28 de abril de 1916). Los niños en el cine. *El Liberal*, p. 1.
- Pedrosa, J. M. (2004). *El cuento popular en los Siglos de Oro*. Madrid: Laberinto.